

Mishidonna, una estrella fugaz

JOSE ANTONIO CAUDELI

# Mishidonna, una estrella fugaz



# Capítulo 1

Que jugador Mishidonna. Tendría que haber sido el capitán de la selección en el mundial de China, pero nunca se lo bancaron demasiado los reos de acá, y así terminó. Para mi equipo, Chacarita, hubiera sido la salvación traerlo, como hincha del funebrero que se decía. Pero no pudo ser así. Todos sus sueños se fueron truncando uno a uno, tras su paso por la celeste y blanca, todos menos el de juntar millones, de dólares.

Desde un principio su carrera fue demasiado extraterrestre, fuera de lo normal. Imagen que el siempre quiso revertir, aconsejado por el padre, que era el dueño de toda su argentinidad. Su padre, Jorge Mishidonna, argentino hasta la médula, era funcionario del servicio de relaciones exteriores, de esos nombrados por el partido solo al fin de mandarlos bien lejos. Su madre, una pobre japonesa, enamorada del tango, que hacía una pasantía en la embajada argentina en La Haya, pasó de ser secretaria a esposa en cuestión de meses. Tal fue el flechazo sobre de este goleador nato que también era su padre. El hijito de esa mescolanza, con rasgos achinados, piernas largas y ágiles y un ímpetu sosegado por la meditación, fue el famoso Ariel Mishidonna. Hoy dos veces tapa de la revista Time y tres de la revista Playgirl.

Como no había mucho que hacer para Jorge en la embajada, hubo tiempo desde un principio para enseñarle al pequeño Mishidonna todo sobre el arte de pelotear, y pelotudear. Sus dotes futbolísticas que emergían casi genéticamente, lo impulsaron también a anotarlo en una escuelita de fútbol. Ya en los primeros partidos, no encontraba rivales a su altura. ‘ ‘ Pasalos por arriba. ‘ ‘ gritaba en holandés su padre para que lo entendieran todos, pero en realidad esa gente no comprendía nada de esa clase de enfermedad. Sus progresos deportivos eran admirables, estaba 4 o 5 años más adelantado que cualquier otro niño, y por supuesto vinieron a verlo del Ajax y de la selección juvenil de Holanda. Lo estaban ya por registrar, pero su padre se puso firme. ‘ ‘ Vos tenes que jugar para nuestro país. No te olvides nunca del asado, el fernet con cola y la selección argentina. Eso es sagrado. ‘ ‘

Igual agarró viaje con el Ajax, no era ningún boludo. En los entrenamientos ya quedaban pasmados con la velocidad electrizante de su dribling, que invitaba a una patada funesta de los defensores. Pronto creció a base de sushi y salmón rosado, y con su metro 88 centímetros recién desarrollados, fue más duro de aguantar para los blondos rivales, haciendo así valer su gambeta guapa como si estuviera jugando en un potrero de la Argentina. Un día tuvo su oportunidad de debutar en el equipo mayor y no la desaprovechó. Metió dos golazos que enamoraron al educado público holandés. Lo demás fue un simple juego para Mishi, de

tomar lo que por derecho propio le pertenecía, la número 10.

Con las chicas también tuvo que aprender a manejarse, se lanzaban como locas sobre este insípido ídolo marketinero que no dejaban de acosar un segundo. Como buen profesional terminó prefiriendo la tranquilidad, liberar sus piernas del ajetreo sexual; y un buen día conoció a Jessica, una argenta que andaba *girando* por Europa. En un filme comercial para una aerolínea, ella hacía de azafata y le ofrecía todos sus servicios, hasta que le explotó el uniforme y surgieron esas dos pelotas número cinco que tiene en el pecho. Instintivamente Mishi fue a cabecear ese dulce centro, y se quedó, reposando en el amor. Pronto vino el primer hijito, Justin. Este no promete mucho, con el nombre de trolo que le pusieron.

Quedaba una asignatura pendiente y era la selección. Hubo cambio de gobierno en la Argentina y con el paso de facturas característico, cayó su padre, enterrado por una montaña de corrupción. Se lo acusaba de importar al país via diplomática teléfonos celulares, de contrabando. Una locura, si la sociedad anónima implicada estaba a nombre de un tal Juancho, un hombre de limpieza que decían trabajaba en la misma embajada, y que él nunca había visto. Se la tuvo que bancar, ahora por una cuestión extra-futbolística le estaba negada la selección, y la bronca venía de bien arriba.

Quiso Dios ofrecerle un resarcimiento a este niño mimado de los tiempos modernos. En las eliminatorias al mundial, la selección Argentina venía de mal en peor. Con decir que había llegado a jugar el repechaje contra Jordania y había perdido el partido de ida 0-2. Como siempre nuestros troncos eludiendo la responsabilidad, le echaban la culpa a cualquier otro factor, como el calor (40 grados a la sombra), la arena muy liviana que se metía en los ojos, los árabes que andaban mostrando la cimitarra....etc.

Los del gobierno estaban desesperados. Años que la Argentina no llegaba a este colapso futbolístico, no iba a ver distracción posible para la eterna misiadura del pueblo. Decidido entonces, debían conseguir el as de espadas. Si los llevaba al mundial, cajoneaban todos los cargos contra su padre. Que más se podía pedir. Quedaba como un héroe nacional y su familia con la frente alta, y las manos limpias.

La Jessica puso el grito en el cielo por tener que abandonar temporarily su cómodo apartamento en el Hotel Hermitage de Monte Carlo, la educación del pequeño Justin de dos años también se vería comprometida. Si no acordaban con ella se rompería la relación. El tierno Mishi le prometió casarse, en una fiesta inolvidable en la que tiraría toda su fortuna por la ventana, si lo acompañaba en esta aventura mundialista; y ella cedió.

Tomó el primer avión que salía para Ezeiza y llegó un lunes por la noche, a las dos de la madrugada, con toda la masa futbolera que lo esperaba

ansiosa en el hall central del aeropuerto, para abrazarlo, adorarlo. Tuvo que salir por la puerta de atrás, no estaba acostumbrado al fervor de tanta gente; e ir directo al predio de AFA, a la concentración. Antes sin embargo unos periodistas que hacían vigilia en la entrada consiguieron interceptarlo. Contestó como pudo varias preguntas trascendentales, como se sentía para el partido, que esperaba del rival, y de paso lo invitaron a tomar un mate, recién cebado. Esa fue la foto que circuló por todas las primeras planas de los diarios. Mishi con ese porongo en la mano y sin saber que hacer; es que su padre nunca le había enseñado nada sobre esa droga argentina.

Por la mañana ya entró en contacto con sus compañeros, practicó intentando entrar en sintonía con el equipo, pero las diferencias futbolísticas eran notorias; él les tiraba una pared y ellos le devolvían un cascote. Por algo estaban metidos en ese quilombo. El plan para el partido sería muy sencillo: meter y meter pierna, pata, lo que fuera, tener la pelota y entregársela al 10, para que este resolviera con alguna genialidad.

Llegó el día. El marco del partido a las 21AM de ese domingo, era espeluznante, digno del partido de sus vidas. Apenas entraron nuestros jugadores recibieron una ovación monumental y les tiraron tantos papelitos encima que hubo que traer a unos perros rescatistas para encontrarlos. El pibe Mishidonna estaba algo sorprendido. ¿Qué les pasa a estos?

Formaron fila y empezó a tocar el himno patrio. Con una solemnidad y una pasión de soldados que van a la guerra gritaban todos desahogados, menos Mishidonna. Con el 2% del énfasis requerido, tarareaba la cancioncita como si fuera un tema de Luis Miguel (nunca le había importado aprenderse la letra). Y por esa puta casualidad la cámara de la televisión se posa extasiada sobre su rostro, que fue adquiriendo un matiz rosado. Mastrobruto, el capitán, lo codeó suavemente y le dijo tapándose la boca. ‘ ‘Canta algo boludo, no te quedés. ‘ ‘ El padre mientras tanto, ubicado en la popular, estaba en tratativas con la hinchada para estirar una banderita de unos 20 metros de largo que decía: ‘ ‘Bienvenido Mishidonna, sos nuestro salvador. ‘ ‘

Al fin tiraron la moneda, se sacaron la foto y comenzó el partido.

Todos esos turcos verdes se replegaron inmediatamente atrás y se colgaron del travesaño. Mishi sin espacios, chocaba una y otra vez contra la pared defensiva jordana y terminaba aburriendo a sus propios compañeros. Eran 38 minutos del primer tiempo y todavía estaban empatados en cero. El astro Mishi no se iluminaba y se ofuscaba ante la actitud poco colaboradora de sus compañeros. Explotó.

Fué al banco de suplentes y a la vista de 40 millones de argentinos, puteó al entrenador de arriba abajo por no poner orden a sus dirigidos. Después se la agarró con los defensores, el mediocampo, los laterales, hasta con Mastrobruto que era el estandarte del pone huevos argentino. ¡¿Qué me venis a decir a mi?! La concha de tu madre...y lanza una piña que por suerte no llega a destino. El árbitro no sabía que hacer, se fue a saludar al lineman que estaba aburrido y le pidió un faso, pero lo dejó, no podía no ver esa atrocidad única de dos tipos del mismo equipo cagandose a trompadas. En conclusión fue suave, sacó una amarilla a cada uno, consideró que fue un simple intercambio de opiniones algo exacerbado. Así de calentitos terminaron el primer tiempo, y la gente que vio todo eso, comenzó a putear a Mishi sin ningún asco, aunque fuese su única carta ganadora.

Una vez en el vestuario, el DT trató de calmar a Mishidonna. ‘ ‘Tranquilizate pibe, a partir de ahora vamos a cambiar un poco el esquema. Vos abrite y atrae la marca hacia uno de los vértices del área, que el lateral se cruce por detrás tuyo y habilite al 9. Porque vos hermano estas recontra marcado y eso no tiene solución. ‘ ‘ Mientras Mastrobruto se daba una ducha bien fría a ver si le bajaba la temperatura.

En la segunda parte el equipo salió con otra mentalidad. En una jugada planificada y tras un rebote con un defensor jordano se coló la pelota y entró al arco. Nada que hacer para el ‘ ‘ Hombre de goma ‘ ‘ que tenían por arquero.

Minuto 30 en adelante, los jordanos se turnaron para atenderlo a Mishi, aunque les sacaran tarjeta; eran unos kamikazes suicidas. El pobre Mishi sufría el partido como un martirio, él que estaba más acostumbrado a jugar el futbol señorial europeo que a este sucio revoltijo en el suelo pampeano. Entonces cuando menos se lo esperaban, el Mishi penetró en el área enemiga, el arco ya estaba a tiro, el 4 de ellos que venía surcando la tierra con los taponés de punta, llega antes y le quita la pelota. Mishi no lo dudó y en vez de seguirla a muerte, se tiró a la pileta. Inventó un penalazo y se la creyeron, o por lo menos así dice la historia oficial.

Ese gol podía equiparar el tanteador global y después se iban a penales. Era decisivo para mantener las esperanzas a los 42 minutos del segundo tiempo. Mishi tomó la pelota; él lo fabricó, él lo pateaba.

— ¿Estás seguro, boludo?— le preguntó el capitán Mastrobruto.

— ¿Por qué me insultas nabo? ¿Para qué me llamaron entonces?

Había un silencio de ultratumba en el Monumental, en el barrio de Nuñez y en todo el país. Algunos ya apagaban el televisor y se iban a dormir. El corazón no le iba a resistir a más de uno. Como al tranco de un mono borracho Mishidona se fue aproximando a la pelota y pateó, a lo bestia.

Levantó algo de pastito, palo y .....afuera.

¿Qué quiso hacer? Nadie lo sabe todavía. Tal vez quiso innovar un nuevo estilo de patear penales para quedar en la posteridad.

El árbitro terminó antes el partido. No había caso, él hizo todo lo posible. Los hinchas enfurecidos no entendían lo mismo, pasaron la fosa perimetral y ya ganaban la cancha. Entre silbidos y puteadas ensordecedoras los jugadores corrían a la defensiva de cualquier ataque. El pibe Mishi, confundido por la calentura, se despidió de su pueblo con un inconfundible dedito levantado. Tal vez para él éramos todos unos enfermos mentales, que no entendemos que esto es un simple juego de balón. Otro que no lo entendió de esa manera fue Mastrobruto. Al final fue él el que salió en la portada de los diarios, con su patada karateca sobre la humanidad de Mishidonna.

Un mártir más de esta trituradora de sueños, llamada **FUTBOL**.